



Editorial Nuevo Enfoque

Revista **CON-SECUENCIAS**

ISSN: 2791-1160

<https://revistacon-secuencias.com>

Publicación del Foro de Reflexión sobre la Realidad Salvadoreña – FORES–
No. 13, enero - abril, 2026 Revista cuatrimestral. San Salvador, El Salvador, Centroamérica

La cueva y la luz recuperada

The Cave and the Recovered Light

Este trabajo tiene la licencia



Recibido: 11/09/2025

Aprobado: 15/12/2025

Jose M^a Pardeiro¹

Universidad José Matías Delgado

Docente e investigador

jpardeiro@icloud.com

<https://orcid.org/0009-0005-0607-8399>

Plato's timeless allegory of the cave reveals the struggle of humankind to exchange shadows for truth. Once bound in chains, the community long endured darkness, mistaking illusions for reality. Yet a decisive ascent began invisible bonds were broken, and the light of order, justice, and peace emerged as a living possibility. The journey is arduous, for eyes must learn to bear the brightness of truth, and voices of resistance still echo from within the cavern. But the memory of the sun cannot be erased; once seen, its clarity endures. Thus, a people, weary of shadows, embraces the path of dignity, stability, and the rule of law, discovering that genuine freedom flourishes only under the radiance of the light.

¹ Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. Máster en Derecho Internacional por la Escuela Diplomática -MAEC-. Especialista en Derechos Humanos por la MAEC. Especialista en Derecho Agrario por la Fundación Española de Derecho Agrario -CSIC-.

El viejo mito de la caverna, narrado por Platón en su *República*, no es un simple relato alegórico; es la metáfora eterna de la condición humana frente a la verdad y la justicia. Allí, los prisioneros, encadenados en la penumbra, contemplaban sombras proyectadas en los muros y creían que eso era la realidad. Solo el osado que rompía las cadenas podía ascender hacia la luz, descubrir el sol y, en su deslumbramiento inicial, comprender que la verdad se hallaba más allá de la apariencia.

Hoy, la alegoría vuelve a desplegar su fuerza sobre nuestra historia presente. Durante mucho tiempo, la vida colectiva se vio atrapada en la caverna de la violencia, la corrupción y la desconfianza. Como los prisioneros de Platón, se aceptaban las sombras como destino inevitable, se confundía el eco con la palabra y el artificio con lo real. La resignación se convirtió en hábito, y la penumbra, en un techo que parecía inamovible.

Pero hubo un instante en que el horizonte se abrió. Se rompieron grilletes invisibles, y la comunidad comenzó a ascender, no sin dolor ni resistencia, hacia una claridad que parecía imposible. La luz del orden y de la justicia se mostró como una posibilidad tangible. El camino exigió ojos nuevos, capaces de acostumbrarse al resplandor de la paz, la estabilidad y el derecho. Como en el relato platónico, el retorno a la caverna para invitar a los demás a salir implicó riesgos: incompreensión, críticas, incluso hostilidad. Sin embargo, la fuerza del ejemplo comenzó a multiplicar los pasos hacia la salida.

La realidad actual se asemeja a ese momento en que el sol ya no enceguece, sino que ilumina. El aire se purifica, la vida cotidiana se vuelve más segura y la palabra “futuro” deja de ser una promesa vacía. Aún hay desafíos, como los tuvo aquel prisionero liberado al intentar persuadir a sus compañeros, pero la dirección es clara: abandonar la esclavitud de las sombras y fundar una comunidad sostenida en la razón, la justicia y la serenidad de un orden compartido.

Platón nos enseñó que la política es la ciencia de conducir el alma hacia la verdad. Y es precisamente lo que se vislumbra: una colectividad que, tras décadas en penumbra, ha elegido la senda del ascenso, con la convicción de que solo bajo la luz puede germinar la dignidad y consolidarse la auténtica libertad.

El tránsito de las sombras a la claridad no es un proceso súbito, sino un aprendizaje que reclama paciencia, constancia y firmeza. No basta con abrir los ojos; es preciso educar la mirada, discernir entre lo ilusorio y lo verdadero, resistir el hechizo de quienes todavía desean que el mundo siga siendo un teatro de sombras. El peligro mayor no está en la oscuridad pasada, sino en la tentación de volver a ella, de refugiarse en lo cómodo, de renunciar a la fatiga de ascender.

Sin embargo, la esperanza está en que la memoria del sol no se olvida. Una vez contemplada la verdad, resulta imposible volver a creer en los fantasmas del muro. Y esa memoria se convierte en fuerza histórica, en voluntad colectiva que rehúsa someterse de nuevo a la cadena. He ahí el signo de nuestro tiempo: el redescubrimiento de que la justicia, la paz y el derecho no son quimeras lejanas, sino fundamentos indispensables de una vida que quiere, al fin, vivir en la luz.